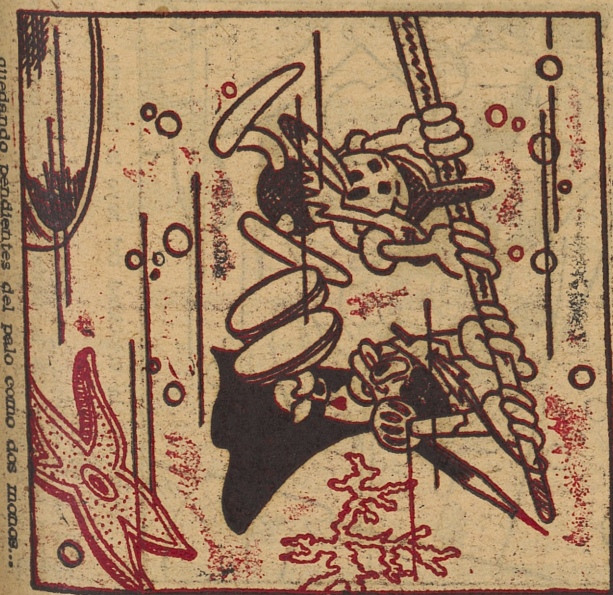


—Vamos bien— dijo el enanito.



...quedando pendientes del pelo como dos manos...

Volvió desalentado sobre sus pasos y al ir a sentarse junto a su compañero, oírlo, dio un salto tremendo: al propio tiempo que lanzaba una exclamación; más bien un alarido:

—¡Ah...!

—¿Qué te ocurre? ¿Qué pasa, Lapicerín? ¿Te has clavado una espina?

ANDANZAS DE LAPICERIN

—¡Ya está! ¡Qué ya está! Que tengo una idea formidable —exclamaba con júbilo—. ¡Qué estamos salvados, simpático enanito! Dame una cerilla.

—¿Dices que has tenido una idea? Pero... ¿una idea de verdad?

—Y tan de verdad. Pero una idea de cuerpo entero.

—¿Y qué idea es esa? ¿Puede saberse?

—Salir de aquí.

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

ANDANZAS DE LAPICERIN



BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

...encendiendo una cerilla, iluminó el recinto...

—¡Enanito...! ¿Dónde estás? —gritó Lapicerín.

—Aquí estoy —se oyo decir al enano—. Muy cerca de tí.

En efecto, la voz sonaba junto a los oídos de nuestro héroe, pero la impenetrable neblina de que estaban rodeados, les impedía verse. Esta circunstancia le desorientaba.

CAPITULO X

El barco pirata

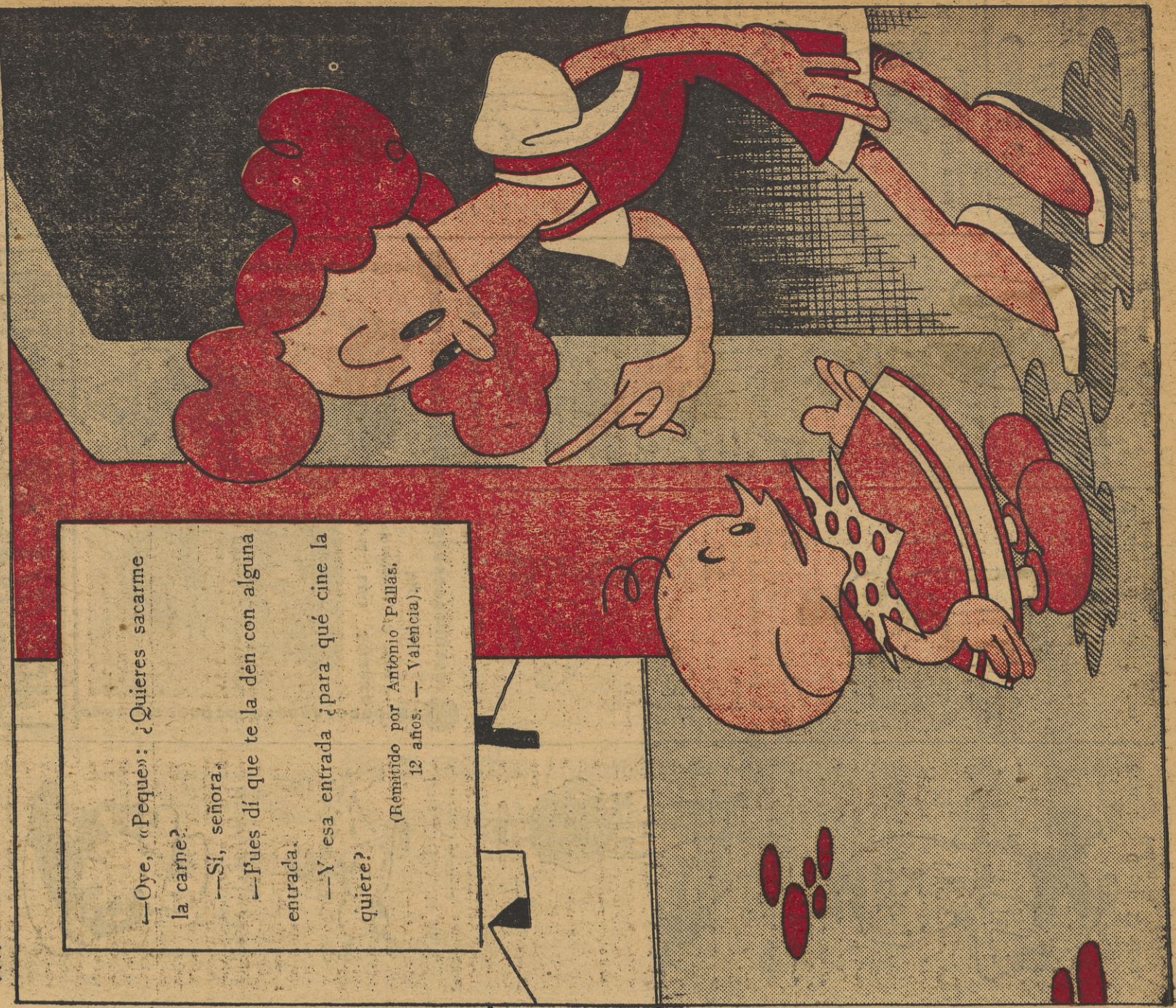
En el plazo previsto por el enano, o sea media hora, después, la ballena continuaba su travesía por un paraje hermosísimo, donde se ofrecía a la contemplación de los viajeros la más variada y vistosa fauna submarina que jamás se haya visto. Caracolas nacaradas, estrellas de mar, bancos de coral, algas, todo contribuía a la belleza del paisaje y al recreo de la vista. A lo lejos, y en la misma dirección que seguían nuestros amigos, se veían los restos de un galeón que, recostado sobre uno de sus lados, dormía su sueño de paz.

—¿Ves aquel galeón? —preguntó de pronto el enanito.

—¡Lo veo —contestó Lapicerín.

—Prepárate para saltar a él cuando pasemos por su lado. Aquel palo que sustenta una de sus velas pasará por encima de nuestras cabezas. Agárrate a él, yo haré lo mismo, y contínuaremos a pie nuestro camino.

El galeón se veía cada vez más próximo. Como dijo el enanito, la ballena iba a pasar por debajo de uno de sus palos. Nuestros amigos se dispusieron al salto; Lapicerín sujetó bien su inseparable lápiz, cruzado en bandolera sobre sus espaldas, y al llegar al galeón sal-



—Oye, «Peque»: ¿Quieres sacarme la carne?

—Sí, señora.

—Pues dí que te la den con alguna entrada.

—Y esa entrada ¿para qué cine la quiere?

(Remitido por Antonio Pallás, 12 años. — Valencia).

# Colaboración INFANTIL

## Album de Honor



Amparita Noguera, 13 años.



Carmen García, 13 años.  
Valencia.



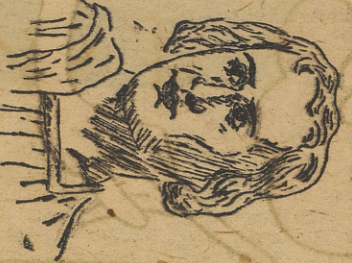
Vicente Piñón, 10 años.  
Valencia.

### Cosas de niños

—Dime, Enrique, ¿estás en casa tu mamá?  
—Si se llama usted don José, está en casa; pero, si no se llama usted así, ha ido a comer a casa de unos amigos.



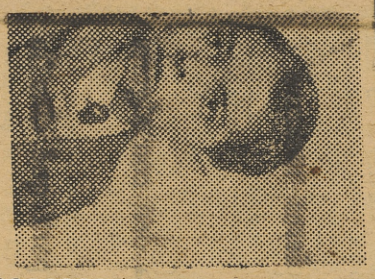
José Luis González Perlegás, 13 años.  
Valencia.



CRISTÓBAL COLÓN



EL GALLO, REY DE GUINEA  
Leonor Sanjuán,



José Luis González Perlegás, 13 años.  
Valencia.



José Presencia, 9 años.  
Valencia.



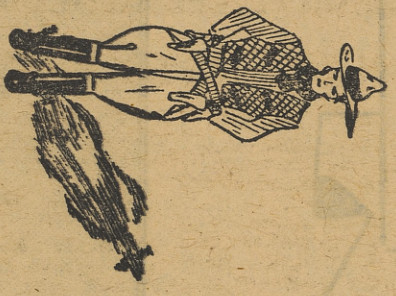
Luisita del Pozo, 7 años.  
Benimámet (Valencia)



M. Muñoz, 14 años.  
Valencia.



Luis Crespo, 14 años.  
Valencia.



Alfonso Serrano, 14 años.  
Valencia.



Francisco Carri, 13 años.  
Valencia.

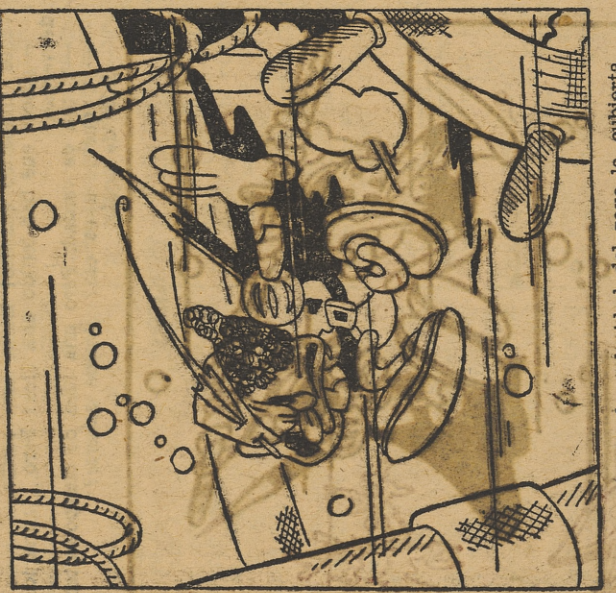
FUTBOLISTA (Portero)



«BIBLIOTECA DE «EL PEQUEÑO»

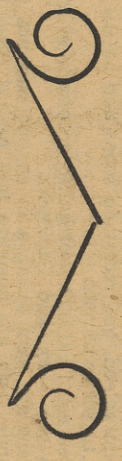
### ANDANZAS DE LAPICERIN

—Pero qué ha sucedido? —preguntó el muñequito.  
—Que nos ha roto una ballena.  
—¿Una ballena!  
—La voz de Lapicerin adquirió tremolos musicales. Tanto temblaba que el enano (que no estaba ni en su peo-  
pado) se vio en la obligación de consolarle.  
—No desesperemos, que aun no está todo perdido.  
—¿Y con esta esperanza? —remonta esperanza—, se de-  
dieron a explorar las interioridades del celoso. Ca-  
raban a tientas, hasta que tropicaron con un saliente  
de una forma extraña. Lapicerin fué el primero en topa-  
r con él.  
—¿Qué será esto?  
—¿Qué es?  
—Una cosa muy rara.  
—Ahora lo sabemos, Lapicerin. Espera un momento.  
El enano sacó una caja de bombas, y encendiendo  
una de ellas, iluminó el recinto, y pudieron ver que el  
saliente con que había tropicado el muñequito no era  
otra cosa que el depósito de aceite de ballena que ali-  
mentaba el surtidor del animal.  
—¡Cuánto aceite! —silbo con admiración nuestro  
héroe.— Tenias razón al pensar que estábamos dentro  
de una ballena, emánita. ¿Y cómo saldremos de aquí?  
—¡Mmmmm...! ¿Y cómo lo sabríamos? Desde aquí no  
puede verse nada.  
—Es verdad. Estamos a oscuras.  
Los dos compañeros guardaron silencio durante largo  
rato para poner en orden sus pensamientos, buscando  
y rebuscando en su imaginación un plan que les permit-  
iera salir de allí.  
El muñequito recorrió de nuevo el interior de la ba-  
llena, pero no pudo encontrar ninguna salida. La boca  
era una M.



### BIBLIOTECA DE «EL PEQUEÑO»

—Dame las ceñillas y lo verás mejor.  
El enano obedeció, y al poco rato, no sin muchos  
trabajos, el tubo de salida del depósito estaba cortado,  
y el aceite inundó el recinto estomacal donde se encon-  
traban. Pero nuestros amigos, sin hacer gran caso de  
que el líquido les llegaba a la altura de las rodillas, se  
lanzaron a la inspección del «tubo de escape».  
Como Lapicerin había previsto, aquel tubo era  
bastante amplio para permitir el paso de sus cuerpecel-  
los, y al cabo de un rato de trabajosa ascensión (que  
parecía que subían por el interior de una chimenea) se  
encontraron en la parte exterior, y sobre el corchón  
de la ballena.



Su primer cuidado fué orientarse sobre el camino  
que seguían. El enano contempló el paisaje, y al poco  
rato exclamó satisfecho:  
—Vamos bien. Dentro de una media hora, si la ba-  
llena continúa a esta velocidad, estaremos cerca de la  
orilla opuesta.  
Y los dos —enano y muñequito— se tendieron boca  
arriba para descansar mientras llegaba su oportunidad.

JUEVES, 13 DE AGOSTO DE 1943

Continúa...  
ector  
viane  
os pueblos a  
no ejemplo  
disciplina con  
respectiva  
dar en este  
de la guerra.  
UNIDA  
EMB  
TAG  
Cuartel Ge  
del Norte.  
dicial:  
«Continúa  
ente. Al Es  
re la retagi  
raz resisten  
conquista  
y Zaffer  
En el sect  
lcha duram  
a lo largo  
Randazzo.  
VIII ejército  
ción estre  
americano. e  
camino entr  
near de la  
questa por  
En el No  
midenses h  
ista de la  
Alurzo, y  
Entre tant  
nseguido  
no en la ret  
de han est  
za de pu  
EL D  
TU  
OR  
Cuartel  
Norte de  
desembarr  
cia el con  
de hoy. Ha  
del cabo O  
americana.  
cialmente.  
ada por l  
midense, s  
trataques  
Ee.  
EDU  
DI  
BO  
RE  
Turin, l  
los bomba  
sas, cinco  
gros relig  
ciudad, s  
Stefani.  
FRA  
B  
Berlín,  
mán, ref  
des en el

# ¡REVOLTELLO!

## CHISTES

El hijo de Cedeón se acaba de examinar, su padre le pregunta: —¿Has tenido algún premio? —Sí, el primero por aproximación.

—¿Cómo ha sido eso? —Se lo he llevado el chico que se sienta a mi lado en la clase.

*Rafael Fayó, 18 años, Valencia.*

Un baturo le dice a un empleado de la estación: —¿A qué hora sale el tren de las siete y media? —A las ocho menos treinta.

—¿Pero hombre, siempre están ustedes cambiando las horas! —*Tomás Ferré, 12 años, Valencia.*

Profesor:—¿Quién ha hecho esto en el rosario? —El Peque.—¿Unoservidor. —Profesor.—Pues parece un jar-dinero de primera.

El Peque.—Claro, como que es la primera vez que lo he hecho.

*José Ariño, 13 años, Torrente (Valencia).*

Entre anticuarios: —¿Sabe usted que en Capadocia encontré alambra? —Bien, ¿y qué? —Que por lo visto conocían la geografía eléctrica.

—Pues, mire usted, yo, en todo Egipto, no hallé ningún alambre.

—Pero ¿qué tiene eso de patricular? —Que por lo visto conocían la telegrafía sin hilos.

*Tomás Ferré, 13 años, Valencia.*

El padre.—Juanito, me han dicho que siempre que vas al colegio te llevas un penechillo.

Juanito.—¡Claro!, es que el maestro me ha dicho que cada vez que escriba ponga punto y "sema".

*Rosario Ortíz, 18 años, Valencia.*

**¿QUE LE DIJÓ...?**

—¿Qué le dijo el caracol a la tortuga? —Los dos llevamos la casa er-cima.

*Enrique Pallás, 14 años, Valencia.*

—¿Qué le dijo una bota de billar a un caíro? —Chocóala, amigo.

—¿Qué le dijo la anilla de la puerta, al herrero? —Pan, pan, pan.

—¿Qué le dijo la pintura al hombre? —Cuidado, que manchó.

*Antonio Pallás, 12 años, Valencia.*

—¿Qué le dijo un zapato a otro? —Qué vida más arrastrada.

*L. Ramírez, 11 años, Valencia.*

# Los hombres que vuelan

## Por Luis Motta

Interrumpido sólo por el estrépito del aeroplano, y el ruido que hacía el aire desalojado por el aparato ligero, hasta los oídos del angustiado Marchal.

Al oír de recorrer de esta manera unos doscientos metros, en el espacio se elevó otro grito, repetido por las rocas y paredes del valle.

El aviador examinaba los alrededores y le pareció que por la planta luminosa corría una sombra. Descendió más todavía, disminuyendo progresivamente la fuerza impulsiva de su máquina.

Unos pocos minutos se halló junto a la forma misteriosa. Era la de un hombre, que chillaba, agitando al mismo tiempo los brazos, para llamar la atención del recién llegado.

Marchal se colocó encima del glaciar, que presentaba una superficie ancha y muy bien dispuesta para el lanzamiento del aeroplano, y, poco después, el aparato se detuvo en aquella pista reluciente, que reflejaba los rayos del sol.

Marchal descendió de la parquilla y echó a correr hacia el ser que reclamaba su auxilio.

Pero no tardó en detenerse bajo la impresión de un asombro sin límites.

—¡Usted aquí! —dijo, por fin, Marchal, cuando la sorpresa se lo permitió.

—¡Marchal! —balbuceó Bonnard, con voz entrecortada. —Y mudos, sin añadir nada a lo dicho, cambiaron una mirada de odio y de desprecio, impulsados ambos por los mismos feroces deseos.

Los dos rivales sentían, así, de una manera confusa, que había llegado la hora del duelo supremo.

Pero ninguno de los dos se atrevía a moverse, pues un sentimiento extraño, mezcla de cólera, terror y angustia, les mantenía inmóviles frente a frente.

Para salir de aquella especie de sugestión, Marchal, tras grandes esfuerzos, logró reaccionar.

Ante su mirada surgía todo lo pasado; las añagazas y perfidias de Bonnard, su odio feroz, sus emboscadas, todo, todo volvía a su memoria.

—¡Carallá! ¡Otra vez te pones delante de mí! —gritó, apretando los puños tan convulsivamente que las uñas se le clavaron en las palmas de las manos.

Bonnard, aterrorizado, retrocedió un paso, pero no tardó en rehacerse.

—¿Se decidía a resistir el ataque de Marchal? No; si le hubiera sido posible, hubiese huido ante Marchal, pues conocía su fuerza, triplicada por el coraje.

Sin embargo, parecía que le habían clavado en el vientro y lo comprendió todo.

Detrás de Bonnard se abría una sima, una profunda y apocáptica sima, a la que se llegaba siguiendo un plano ligeramente inclinado. Más allá gruñía el tormento, oculto por una delgada capa de nieve y hielo, contra milenaria que formaba una pared escarpada, a cuyos pies se agitaban las impetuosas aguas.

Marchal sonrió; le pareció que el Destino ponía a su disposición un lugar tan peligroso para que pudiese satisfacer de una manera cumplida su venganza.

Reflexionó un momento, y reconcentró todas sus energías. Despertadas bruscamente por la presencia de su enemigo. Una ola de sangre le subió desde el corazón a la cabeza, se le obscureció la vista y se precipitó contra su enemigo.

—¡Cobarda! ¡Cobarda! —tartamudeaba golpeando al mismo tiempo.

Los dos rivales se habían esarvado con fuerza. Sus gritos roncotes y ahogados repetían en las montañas, que el sol quemaba, con sus rayos de llamas.

Los dos enemigos, presa del delirio que el odio infunde, luchaban a brazo partido.

NINGUNO QUERÍA Ceder; ninguno deseaba, roder por el vencedor, porque los dos pensaban en la horrible muerte que le esperaba al que fuese vencido en el combate.

En efecto, a pocos pasos de ellos se abría la sima, por donde había respalado el aeroplano de Bonnard durante una tormenta, que le había obligado a lanzarse de la barquilla para evitar el rayo.

Por eso luchaban los dos hombres con encarnizamiento. De pronto, Marchal resbaló; cayó boca abajo en el ventisquero, pero no perdió su sangre fría. Al tocar el suelo, extendió los brazos y cogió a su enemigo por el tobillo, tirando de él con fuerza.

Bonnard cayó también de espaldas en el glaciar, y se es-

(Continuación)

condiciones necesarias para que pueda alzar el vuelo. Es probable un ligero declive que una cueva como ésta.

—Le remolcaremos hasta Chamoniux —dijeron a una vartos asistentes.

—Acepto también —repuso Marchal, el avión y mientras se amarraba el aeroplano a un automóvil, los que le rodeaban: —¿He pasado algún otro concursante? —Sí, pero aun no hace una hora.

—¿Qué dirección llevaba? —Seguía hacia el monte Peivoux.

—Entonces, sintiéndolo mucho, no podré detenerme en la grata compañía de ustedes y tendré que partir en seguida.

El aeroplano, remolcado por el automóvil, corría con gran rapidez por la carretera, seguido a breve distancia por una larga escolta de vehículos y motocicletas. Llegaron a un campo de maniobras y Marchal hizo parar el automóvil.

Dió de nuevo las gracias a los saboyanos, y llenó de esencia el depósito; tomó, además, un bidón que le ofreció amablemente un entusiasta del deporte aviatorio, y puso en marcha el motor.

En menos de dos minutos, ante los asombrados saboyanos, se elevó el aeroplano en el aire fresco y perfumado por los effluvios resineros.

Marchal bajó ligeramente la palanca y el aparato se elevó en el espacio, escalando majestuosamente las capas aéreas. Era necesario que el aeroplano ganase las capas superiores, pues Chamoniux se halla rodeado por todas partes por elevadas montañas coronadas por la nieve.

Con razón se asombraban los valientes alpinistas, que daban grandes voces al verle, gritos que repercutían en los numerosos ecos de las montañas.

El aparato parecía tan completo, tan sólido, tan seguro y fácil en el maniobrar, que excitaba la admiración aun de los seres menos propensos a ella; la vista de un hombre que se eleva en los aires ha causado siempre gran asombro en las multitudes; pero la de un hombre que vuela, hacia un punto determinado, con la misma seguridad de un ave, era tan seductora que entusiasmaba y entontecía.

Marchal perdió de vista muy pronto a Chamoniux... Montañas se destacaron bajo sus plantas los picos de nevadas montañas y nuevos valles profundos, de los que subían los ruidos de formidables cascadas... Después se dirigió hacia Peivoux.

El ambiente había sentido. Marchal aceleró la marcha y llegó a una cadena de montañas que desde lejos aparecían vagamente contorneadas.

El golpe de vista, que ofrecían aquellos picos donde la nieve se había ido depositando siglos y siglos, formando una capa tan espesa y tan sólida, que ni los vientos ni la lluvia, ni el sol habían logrado destruir, era magnífico.

Las nevaras debían reflejar de piedras preciosas bajo los ardientes rayos del sol; sin cesar se desprendían de ellas miles de chispas, llamaradas de luz que cegaban los ojos.

Había llanuras de llamas, llanuras de diamantes, llanuras de lava ardiente, que herían la vista, y sobre las que pasaba como un meteoro la prodigiosa máquina que el espíritu humano, tras infinitos esfuerzos, había conseguido lanzar al aire.

La desmesurada sombra del aparato se reflejaba en las nevaras, cuyas profundas simas se perdían de vista.

En menos de un cuarto de hora el aeroplano llegó a la cadena de Peivoux, la franqueó a diez metros del pico más elevado y descendió en velocidad.

El aire, desalojado violentamente, azotaba con dureza el rostro del aviador; el frío era tan intenso, que Marchal comenzó a temblar.

Cogido al volante de la máquina y con la mirada fija en el camino, espialba los menores obstáculos. Había llegado sobre una enorme y brillante nevada, cuando oyó un grito de desespere-ración.

Marchal dirigió la mirada hacia la luminosa planicie, con el corazón lleno de sobresalto.

—¿Quién podía llamar de repente, creyó hallarse en presencia de una de esas espantosas tragedias, tan comunes en el deporte alpinista.

Bajo el aeroplano y detuvo el motor, cuyo ruidooso taf-taf llenaba todo el valle con un rumor repetido por mil ecos a la vez.

En aquella región reinaba entonces un silencio sepulcral.

**FALLA INFANTIL NUM. 9.** — Comisión de las calles Borrull y Doctor Monserrat; Presidente, Juan Palaio; vicepresidente, Juan José Royo; secretario, Vicente Muñoz; vicesecretario, Rafael Martí; tesorero, Enrique Torres; vocales, Paquito Muñoz Pepe Martí, Enrique Valls, Enrique Ponz y Salvador Fria; fallera mayor, María Rosa Torres; damas de honor, Joaquina Roffo, Finita Pitareh y Marijón Díaz.



**FALLA INFANTIL NUM. 10.** — Comisión calle Micer Rabasa y Advancens; Presidente, Enrique González; vicepresidente, Francisco Tordera; presidente de festejos, Adrián Carpio; secretario, Arturo Pérez; cobrador, Francisco Ortells; tesorero, Salvador Coscollá; contador, Alfonso Barber; vocales, Enrique Tordera y Vicente Coscollá.

## COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un escarador de fieras? —Domesticar a la Osa marina.

—¿Cuál es el colmo de un saesero? —Alquilar los cuartos de un reloj.

—¿Cuál es el colmo de un astrónomo? —Estudiar las fases de su luna... —Antonio Lafuente, 12 años, Valencia.

Sin los pájaros, ninguna vegetación sería posible. Hacen un trabajo contra los insectos, que miltar de manos humanas no harían tan bien.

En el siglo III de la Era Cristiana, el emperador de las regiones templadas del Asia, fué introducido en Africa.

En Bengala, todo indígena que mata una serpiente venenosa, cobra una prima, cuyo importe varía según la especie del reptil.

## ¿QUE LE DIJÓ...?

Reflexión de un borracho detenido en la Comisaría: —¡Cuidado que el vino era bueno! ¡Ya lo es, ya lo es, la etiqueta! Premiado en varias exposiciones. ¡Vaya una justicia, premian al vino y castigan al que lo bebe!...

—¿Vendrá usted mañana, doctor? —Pierda usted cuidado; precisamente tengo que visitar a un enfermo que vive en la misma calle y así mató dos palabras de un tiro.

Una madre energética: —Emilia, si Ernesto te pide la mano, dile que hablé conmigo. —¿Y si no me la pide? —Dile que hablaré yo con él.

Entre amigos que se encuentran en la calle: —¿Qué te pasa que estás tan abrido? —Vengo de casa el dentista. —¿Te ha sacado algo? —Sí, dos muelas y cinco duros.

Maestro:—¿De dónde se saca la lana? —De la colchoneta.

Maestro:—¿Para qué sirve? —El alumno.—No sé, señor.

Maestro:—¿De qué está hecho tu traje? —De un viejo de papá.

Alumno.—¿De uno viejo de papá? —Antonio Leduente Martí, 12 años, Valencia.

Exámenes: —¿Qué es el Mundo? —El profesor.—¿Qué es el Mundo? —El alumno.—El Mundo es, es... ¡Ah, sí! El "Mundo" es el delantero centro del equipo del Valencia.

*Pilarín Mata, 10 años, Valencia.*

El Peque.—Oye, abuelito, ¿por qué le has puesto al burro las gafas verdes? —El abuelo.—¿Sabes por qué, Peque? Porque es hierba seca y así se cree que es hierba fresca y verde.

*José Ariño, 13 años, Torrente (Valencia).*

Para saludar los chinos dicen: —¿Habéis comido vuestro arroz? —¿Vuestro estómago funciona? —¿Está en buen estado? —James Ferguson, siendo un simple pastor, dibujaba las estrellas. Su dueño, al ver su pasión por el estudio, lo protegió, y Ferguson fué un célebre astrónomo.

La esbra de capuchón mata en la India inglesa 20.000 personas cada año, según los partes oficiales.

—¿Qué le dijo un zapato a otro? —Qué vida más arrastrada.

*L. Ramírez, 11 años, Valencia.*

—¿Qué le dijo la anilla de la puerta, al herrero? —Pan, pan, pan.

—¿Qué le dijo la pintura al hombre? —Cuidado, que manchó.

*Antonio Pallás, 12 años, Valencia.*

—¿Qué le dijo un zapato a otro? —Qué vida más arrastrada.

*L. Ramírez, 11 años, Valencia.*

—¿Qué le dijo la anilla de la puerta, al herrero? —Pan, pan, pan.

—¿Qué le dijo la pintura al hombre? —Cuidado, que manchó.

*Antonio Pallás, 12 años, Valencia.*

—¿Qué le dijo un zapato a otro? —Qué vida más arrastrada.

*L. Ramírez, 11 años, Valencia.*

—¿Qué le dijo la anilla de la puerta, al herrero? —Pan, pan, pan.

—¿Qué le dijo la pintura al hombre? —Cuidado, que manchó.

*Antonio Pallás, 12 años, Valencia.*

—¿Qué le dijo un zapato a otro? —Qué vida más arrastrada.

*L. Ramírez, 11 años, Valencia.*

